

**37. Semblanza de Henrique Muñoz hecha por su hijo Daniel Muñoz, Londres, 22 de abril de 1908. (Archivo de Marta Behrens Muñoz de Cáceres, mecanografiado).**

Londres, 22 de abril de 1908.

Sr. Dr. Alfredo E. Castellanos,  
*Montevideo.*

.....

No me considero yo el indicado para escribir la biografía de mi padre. Hace tiempo que tengo el propósito de reconstruir la crónica de su vida y, empezando por lo primero, pienso ir muy pronto a Edimburgo para buscar en los archivos de aquella Facultad de Medicina datos sobre los estudios que allí hizo, época en que recibió su título de médico-cirujano, tesis que presentó, etc., etc., y aún tengo esperanza de encontrar allí una señora muy anciana que habló de mi padre a Lolita Jackson, la esposa de Massot<sup>1</sup>,

---

<sup>1</sup> Lolita Jackson Muñoz de Massot, era hija de Eduardo C. Jackson Ramsdell, natural de USA, y de Carlota Muñoz Correa, ésta última hija de Francisco Luis Muñoz Herrera y de Dolores Correa Aldecoa (ver cap. XVI). Lolita Jackson de Massot era, por tanto, sobrina nieta de Henrique Muñoz. (Arch. Ricardo Goldaracena).

hace algunos años. La conversación a ese respecto la motivó el haber sabido aquella señora que Lolita era también Muñoz de apellido. Yo, lo único que recuerdo positivamente de mi padre, en lo físico, es que era un hombre de mi estatura poco más o menos, esbelto, muy atildado en el vestir, casi siempre de frac y sombrero de copa, hasta para montar a caballo; muy nervioso, exaltado en sus opiniones, muy vehemente en su expresión, contrastando su mímica y sus entusiasmos meridionales con sus costumbres anglómanas. Mi padre era protestante ferviente y era también masón militante, afiliado a la Logia Madre "Asilo de la Virtud", dato que me consta porque fui solicitado por el Venerable de esa Logia para que me incorporase a ella por haber sido en la que él militó. En los papeles de la "Caja de Fierro", abierta en mi ausencia, se encontraban muchos manuscritos de mi padre sobre cuestiones religiosas y masónicas. También debía haber allí varios ejemplares de algunas publicaciones muy violentas que hizo y que se repartieron en hoja suelta, sobre temas políticos.<sup>2</sup> Una de ellas creo recordar que fue con motivo de los funerales de don Manuel Oribe, y la otra en ocasión del fallecimiento del coronel Lasala. ¿Qué se habrá hecho todo eso que tengo seguridad existía en la famosa caja de fierro? En caso de que se encontrase, no desearía sin embargo que se diese publicidad a esos panfletos, cuyo tono se consideraría hoy exagerado, extrañas como son las generaciones del presente a las pasiones de aquellas épocas tan inmediatas a los acontecimientos que se desarrollaron durante el Sitio Grande.

---

<sup>2</sup> No nos han llegado noticias de estas publicaciones panfletarias de Henrique Muñoz. En las raras colecciones de hojas sueltas de intensión política, polémica y electoral de su época tan tumultuosa, quizá pueda aparecer hasta hoy algún desconocido ejemplar.

Yo entiendo que mi padre regresó al país como Cirujano Mayor del ejército de vanguardia, a las órdenes del general Garzón, siendo esa circunstancia la que hizo nacer la estrecha amistad que ligaba a ambos, pues yo recuerdo perfectamente que las dos familias se visitaban casi a diario.<sup>3</sup>

También recuerdo, como si la estuviese viendo, la escena del destierro de mi padre, a fines de 1857 o principios del 58. Yo tenía entonces cerca de nueve años, y como el suceso fue tan dramático y ruidoso, quedó grabado en mi memoria indeleblemente. Tu sabrás que, escapando a la vigilancia de mi madre, que había quedado consternada, yo seguí a mi padre en todo el trayecto desde nuestra casa de la calle Misiones<sup>4</sup> hasta el antiguo muelle Gowland, donde lo embarcaron a bordo del vapor "Constitución", en el cual me instalé yo también, acompañando a mi padre hasta Buenos Aires, donde quedé a su lado durante todo el tiempo de su destierro hasta que regresé con él. Ya ves cuán tempranamente empecé a experimentar los zangoloteos de la política. ¡Quién había de decirme que después de haber salvado ileso a través de tantas escabrosidades, hubiera de ser la política misma la que me asestase en mi vejez el golpe más cruel que haya sufrido en toda mi accidentada vida! *Nessun maggior dolor...*<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> En realidad fue nombrado el 27 de agosto de 1851 como Cirujano Mayor del Ejército Oriental, en campaña al mando de Eugenio Garzón. La tradicional amistad entre ambas familias se ha conservado desde esa época.

<sup>4</sup> La casa en que habitaba Muñoz era en la calle Misiones 197, acera oeste, hoy demolida.

<sup>5</sup> Aquí Daniel Muñoz cita el pasaje de la *Divina Comedia*, Canto V del Infierno verso 121, en que Francesca le dice a Dante: "*Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice ne la miseria; e ciò sa 'l tuo dottore*".

Vuelvo a los tiempos de mi niñez: A poco más de medio día, se presentó en mi casa el comisario Montoro. Recuerdo perfectamente que así se llamaba. Preguntó por mi padre, que no estaba en casa, y pidió entonces ver a mi madre, a quien hizo saber que tenía orden superior de conducir a aquel abordo. Mi madre le dijo que él estaría de regreso antes de una hora y, en efecto, mi padre entró a casa poco después, antes de que se presentase de nuevo el comisario, quien volvió al poco rato, recibéndolo mi madre y hablando con él a través de la puerta de rastrillo que cerraba el patio. Montoro, al saber que mi padre estaba ya en casa, hizo ademán de abrir el pestillo de la puerta, pero mi madre, sin darle tiempo, echó llave por el lado de adentro y la tomó en su mano.

En esto se presentó mi padre, que estaba en su escritorio revisando papeles, y violentamente interrogó al comisario sobre el objeto de su venida a casa.

Montoro le contestó: —Doctor Muñoz, se ha dictado orden de destierro contra Vd. y vengo a hacerla cumplir.

— ¿Por mandato de quién? interrumpió mi padre.

— Por mandato de mi Superior, que es el Jefe Político de la Capital. —Yo soy un Senador de la Nación, gritó mi padre, y como tal no puedo ser desterrado. —Yo no vengo a discutir, doctor Muñoz, contestó muy moderadamente Montoro, sino a cumplir una orden de mi Superior, por muy penoso que me sea hacerlo. Mi padre, ya muy exaltado, vociferó: — Pues sepa Vd. que yo no me someto a una autoridad tan subalterna como la de un Comisario de Policía, y vaya Vd. a decir a su Superior, mi tío don Luis Herrera, que Henrique Muñoz no saldrá de su casa, mientras no venga él mismo a notificarle la orden de destierro, asumiendo las responsabilidades del atentado que se comete contra un Senador.—Doctor Muñoz, insistió muy cortes-

mente Montoro, yo le ruego a Vd. que reflexione, que no provoque con su actitud un acto de violencia, siquiera sea por su pobre señora, que esta ya tan afligida....—¡Basta! interrumpió mi padre; solo cederé ante la intimación directa y personal del Jefe Político.

Montoro se retiró, y tras de él hizo cerrar mi padre la puerta de calle por un muchacho, Máximo, que tenía como agregado más que como sirviente. No había pasado media hora cuando retumbó la puerta al golpe repetido del llamador.

Al mismo tiempo se sintió en la calle el ruido seco de fusiles puestos en descanso, y se coronaron de soldados armados las azoteas vecinas que dominaban la nuestra: la de la casa de la esquina que ocupaba actualmente la familia Veyra, si mal no recuerdo, y la de los fondos de la nuestra, en que vivió don Tomás Tomkinson<sup>6</sup>, como para evitar que mi padre se escapase por las azoteas. Pero nunca fue esa su intención ni hizo la menor tentativa por esquivar el atentado. Antes por el contrario, así que oyó llamar a la puerta, mandó abrirla, y apareció en el umbral mi tío abuelo Don Luis de Herrera, a quien yo conocía muy bien, pues visitaba con frecuencia nuestra casa antes de estallar la revolución encabezada por el general César Díaz.

Me parece verlo ahora mismo a don Luis Herrera como lo vi en aquel momento, hace ahora cincuenta años. Era un lindo hombre, como lo fue en sus buenos años su hijo

---

<sup>6</sup> La casa de Tomás Tomkinson (1804-1879), financista inglés radicado en nuestra capital, estaba situada en la calle Sarandí entre Misiones y Zabala. (Mañé Garzón, F. y Ayestarán, A. *El gringo de confianza* (1992):5,37 y 289).

don Juan José y como le es actualmente su nieto, don Luis Alberto<sup>7</sup>. Tenía los aires de un gran señor y era de una refinada cultura en su trato, pero un energúmeno como partidario. Probablemente, cuando fue el comisario Montoro a avisarle de la resistencia que oponía mi padre a acatar la orden de destierro, estaba don Luis sesteando, pues se presentó en mi casa con el cuello de la camisa desabotonado, sin corbata ni chaleco. Se conocía que, llevado de un ímpetu de ira, había prescindido de su habitual corrección en el vestir, y sin perder más tiempo que el indispensable para ponerse un saco, se había echado a la calle, no sin armarse de un par de pistolas que empuñaba en cada mano, y así, iracundo y descompuesto, entró al zaguán, y viendo a mi padre que estaba en el patio, abrazado a él mi madre como para protegerlo y yo tomado de su mano izquierda, le gritó:

—“¡Enrique! ¡O te entregás, o te levanto la tapa de los sesos!” (textualísimo). Mi padre le contestó muy serenamente: —“No es para tanto, mi tío. Al resistirme al comisario Montoro sólo he querido hacer constar que el atentado que conmigo se comete no es debido al celo exagerado o a la mala interpretación de un subalterno, sino que es obra de las autoridades superiores de mi país con violación de mis fueros constitucionales como Senador de la República.”

Y agregó: —“Puede Vd. retirarse, mi tío, y hacer retirar esa tropa que sitia mi casa. Iré a embarcarme inmediatamente”.

---

<sup>7</sup> Su hijo Juan José de Herrera (1832-1898), ministro y legislador, fue el padre del gran caudillo nacionalista Luis Alberto de Herrera (1873-1959).

Don Luis refunfunó algo, y se retiró. Poco después se retiraron también los soldados que estaban en la calle y los que coronaban las azoteas dominantes por el costado norte y por el fondo oeste de la nuestra, quedó sólo en la puerta de calle el comisario Montoro, a quien mi padre hizo entrar invitándolo a pasar a su escritorio mientras él preparaba su equipaje.

A todo esto, mi madre se había puesto a escribir una carta a su tía carnal doña Dolores Vidal, esposa del Presidente de la República, que lo era entonces don Gabriel Pereira.<sup>8</sup> ¡Curiosas complicaciones de la política partidista! ¡El Presidente que firmaba la orden de destierro de mi padre era su tío político, y el funcionario encargado de hacerla cumplir por la fuerza era su tío carnal, hermano de su señora madre, doña Cipriana Herrera de Muñoz, esposa de uno de los prohombres del sitio, mi abuelo don Francisco Joaquín!

Yo no recuerdo lo que decía la carta de mi madre, a pesar de que me la leyó encargándome de llevarla yo mismo a mi tía abuela doña Dolores, pero mi padre se enteró y se opuso que se mandase aquella súplica. Pero tanto se lo rogó mi pobre madre llorando, que por fin consintió en el envío, pero no en que yo fuese el portador; ni quiso tampoco retardar su partida por más que aquella se lo imploraba, esperanzada en conmovier la clemencia de la esposa del Presidente.

---

<sup>8</sup> Dolores Vidal Villagrán de Pereira, nacida en 1798, era hija de Pedro Vidal Loaiza y de Margarita Villagrán Artigas, hermana por tanto de Daniel Vidal el suegro de Henrique Muñoz, había contraído matrimonio en 1821 con su primo hermano Gabriel Antonio Pereira Villagrán, presidente de la República entre 1856 y 1860. (Apolant, J.A. *Génesis de la familia uruguaya* (1975), 2:887-893 y 3:1732-1733).

La despedida fue desgarradora: lloraba mi madre desesperadamente; mi hermana Cochona había abrazado a mi padre por una pierna dando alaridos de terror; mi pobre hermano Pancho, muy chicuelo aún, y Enrique, más pequeño, lloraban prendidos a la pollera de nuestra madre.<sup>9</sup> El comisario Montoro, discretamente apartado, estaba también muy conmovido, y tal vez alguna lágrima brilló sus ojos, porque vi que mi padre le extendió la mano y se la estrechó en silencio. Por último pudo arrancarse mi padre de aquellos brazos amorosos que lo retenían y salió a la calle, siguiéndolo yo. Cuando me vio a su lado me mandó volver a casa, pero yo le tomé la mano, y él no hizo por soltarla. A poco de andar encontró a una persona conocida, creo que a don Francisco Hordeñana, que era muy su amigo, y de una acera a la otra le gritó lo que le pasaba, protestando contra el atropello de que se le hacía víctima. Aquellas voces iracundas atrajeron a varios pasantes, y desde ese momento mi padre no cesó de hablar. Estaba muy agitado, tembloroso de ira, los ojos exorbitantes, más de lo que ya habitualmente los tenía, a causa sin duda de la afección cardíaca que muy pocos años después lo llevo a la tumba. ¡Lo que dijo por aquella boca! ¡Dios nos libre! Exaltado como lo era por temperamento, más lo estaba en aquel momento por la sinrazón de aquel destierro arbitrario, y todo su camino lo iba haciendo perorando a voz en cuello, con una elocuencia que me asombraba y deslumbraba. Yo sólo una vez lo había oído hablar en público,

---

<sup>9</sup> Los hijos de Henrique Muñoz que se citan tenían en ese momento: Daniel, autor de esta semblanza, 9 años de edad, Concepción 8, Francisco 6 y Enrique 5 años.

durante una sesión de la Cámara a que él mismo me llevó como para que me fuese aleccionando en las prácticas de la democracia. Pero aquel discurso parlamentario, sobre materias que sin duda no estaban al alcance de mi niñez, no me produjo gran efecto, mientras que aquello que decía por la calle yo lo entendía perfectamente, y me entusiasmaba con él al oír sus acentos violentos de protesta y de anatema. Por primera vez se despertó en mí la noción de lo que significaban las palabras libertad y tiranía; y personificaba a la libertad en mi padre, que decía aquellas cosas tan hermosas con una grandilocuencia para mí desconocida, y a la tiranía en mi tío don Luis de Herrera, a quien me parecía ver todavía, despechugado y furibundo, apuntando contra mi padre sus pistolas amartilladas, que no eran en sus manos una vana amenaza, pues era un tirador dextérrimo, a punto de haberlo visto una vez, en la quinta de Vilardebó, descabezar de un balazo a un jilguero que redoblaba posado en la copa de un árbol altísimo, tomando por blanco de su puntería infalible el morrión aterciopelado del pobre pajarito. Recuerdo que aquella tarde le cobré rabia a mi tío... A todo esto, y siguiendo con mi cuento, o más bien dicho, con mi historia, continuaba mi padre vociferando por la calle Misiones, hasta llegar a la de Cerrito, por donde doblamos para bajar hasta el muelle de Gowland por la de Colón; pero no se por qué se le ocurrió al comisario Montoro doblar por la de Solís, donde se produjo el incidente culminante de aquella tarde para mí inolvidable. Montoro trataba de calmar a mi padre, y con tono más de amigo que de autoridad, le repetía muy moderadamente: —“Cálmese Vd., doctor Muñoz, no se exalte; tenga Vd. en cuenta que hace mi situación muy violenta al producirse en esos términos contra el Gobierno a cuyo servicio estoy.” Pero mi padre o no lo oía, o no le hacía caso, y seguía en sus declaraciones

virulentas. Ya era un gran grupo el que lo seguía: los vecinos de las calles por donde pasábamos se asomaban a las ventanas y salían a los balcones, y fue sin duda para evitar el pasar por la de Colón, más transitada y habitada que la de Solís, que tomó por esta hacia la de Piedras, en cuya esquina, en los altos del escritorio en que por muchos años ha estado, y está quizás todavía, el "Telégrafo Marítimo", habitaba por aquel entonces la familia del coronel argentino don Mariano Maza. Al rumor de las vociferaciones de mi padre, salió Maza al balcón de su casa y... ¡aquí fue Troya! Lo que oyó aquel hombre aquella tarde no es para contarlo. Mi padre, al verlo, no siguió caminando sino que se detuvo, y encarándose con Maza, lo apostrofó con cuanto epíteto podía sugerirle el recuerdo de sus sanginarias proezas. Lo menos que lo llamó fue asesino, degollador, sicario de Rosas, seide de Oribe, mazorquero, y tal granizada de denuestos le echó encima, que el hombre, considerando sin duda que no le quedaba otra disyuntiva que el matarlo de un tiro o retirarse, optó felizmente por lo segundo, y metió violín en bolsa, a pesar de lo aficionado que era a tocarlo, cerrando su balcón, con lo que puso término a aquella escena que iba tomando un carácter tumultuario, pues ya no era mi padre sólo el que apostrofaba, sino que muchos de los del acompañamiento, que eran correligionarios suyos, le hacían coro, y yo mismo, que me consideraba también perseguido y desterrado, chillaba a mi vez como un energúmeno, héroe de Revolución Francesa, cuyos fastos de sangre y de grandeza me habían calentado la cabeza en mis lecturas elementales de la historia en unos compendios, mas anecdóticos y episódicos que políticos, que nos daban para entretenernos a los niños de aquella época, en vez de las aventuras de Guliver o la historia de Simón el Bobito, que más tarde fueron el pasatiempo de la generación subsiguiente a la

mía, no se si con más o menos provecho para la cultura intelectual y la educación del carácter. ¡Tal era mejor aquello...! Es sin duda mejor levadura para las faculades imaginativas de la niñez el conocimiento, siquiera elementalísimo, de las hazañas de Leonidas y de la jornada de la toma de la Bastilla, que la historia banal de *Rin-rin-renacuajo* o las aventuras nocturnas de *Juan Joroba* "con su gorro, y su cuerno y su escoba".....

Y dejando el desvío de esta digresión para tomar de nuevo el riel en que dejé la narración de los incidentes del destierro de mi padre, sólo me falta agregar, para completarla, que después de la violenta escena frente al balcón del coronel Maza, no sucedió nada digno de mención, y llegamos sin tropiezo al muelle de Gowland donde, siempre acompañados del comisario Montoro, nos embarcamos en un bote que nos llevó abordo del vapor "Constitución", el cual partió dos horas después para Buenos Aires, donde quedamos hasta el mes de abril de 1858, viéndonos obligados a nuestro regreso, que hicimos en compañía de la familia Villegas y mi tía abuela Juana Vidal, a hacer una cuarentena de doce días en la fortaleza del Cerro, cuya pequeña guarnición estaba entonces al mando del coronel don Pascual Diaz, tradicionalmente conocido por el apodo de *don Pascualón*; y de esa circunstancia nació la amistad que este ligó con mi padre, a cuya casa iba con frecuencia, casi siempre a la hora de la sobremesa de la comida, oyéndole yo relatar, boquiabierto y con religiosa atención, muchas de las descomunales y estupendas proezas que la tradición oral ha desnaturalizado y exagerado más tarde pues no era don Pascual lo que las generaciones presentes lo creen, es decir, un mentiroso vulgar y narrador pretencioso de aventuras de su pura invención, sino un amplificador de anécdotas y percances que tenían siempre un fondo de verdad. Era un

hombre alto, delgado, de lengua barba blanca; tenía toda la marcialidad y el empaque de los soldados de la guerra de la Independencia; era muy locuaz expresándose con cierta elegante desenvoltura y dando grande animación mímica a su discurso. Cuando narraba episodios guerreros ponía en la voz acentos broncos de redobles de tambores y reproducía las peripecias de la acción dando voces de mando, de ataque y de repliegue, de cargas por la derecha y concentración de guerrillas a la izquierda; y de tal manera se entusiasmaba al evocar sus recuerdos bélicos, que ya no le bastaba accionar sentado, sino que se ponía de pie y repartía tajos y mandobles al aire, echando chispas por los ojos como si de verdad se encontrase en el entrevero con las huestes enemigas. Recuerdo una vez, queriendo dar mayor realce a la realidad de su cuento, se enhorquetó sobre su silla, como quien salta un pingo en pelo, empuñó su grueso bastón a guisa de lanza, y amagó una carga contra un adversario invisible, con grave peligro de los cristales y candelabros que adornaban nuestra mesa. ¡Felizmente no dio el lanzazo...! Cuando, muchos años después, leí la historia de Don Quijote de la Mancha, al llegar al pasaje en que Cervantes narra el episodio del retablo de Don Gaíferos y Melisendra que exhibía el pícaro de Maese Pedro, me parecía ver reproducidas las escenas que yo había visto en mi casa cuando niño, en que era protagonista don Pascualón, pues tal vez como a Don Quijote se le hicieron ser hombres de verdad los muñecos del titiritero, y cargó sobre ellos a destajo, descabezando y malhiriendo a los moros que retenían cautiva a la hermosa Melisendra, sin cuidar de los lamentos de Maese Pedro al ver a toda su morisma de cartón maltrecha y descalabrada, así también a don Pascual, a poco de entrar en el calor de sus narraciones belicosas, se le hacían de carne y hueso los fantasmas y visiones que su

exuberante imaginación creaba, y embestía contra ellas con impetuoso denuedo, sembrando la muerte en su torno y el espanto en mi imaginación infantil, ¡pareciéndome encontrarme entre el estruendo y la confusión de una batalla campal! Qué tiempos y qué memorias felices...!

Pero ya es tiempo de bajar de estos cerros de Ubeda a que insensiblemente me he trepado, y también es tiempo ya de poner punto final a este mamotreto, pero no lo haré sin confirmar lo que te han dicho respecto a la muerte de mi padre, que en efecto falleció en casa del Dr. Luis Michaelsson, de quien era muy amigo y además mediaban entre ambos relaciones de parentesco político, pues Michaelsson era casado con doña Gertrudis Batlle, tía de mi madre. Mi padre murió repentinamente, a eso de la media noche, levantándose de la cabecera de su amigo y colega enfermo, para ir a caer en el patio de la casa, que era adjunta a la que actualmente ocupa el Banco de la República.

Hace algunos años, hablando con el Dr. Visca, me dijo de repente: —“¿Sabe Vd. de qué murió su señor padre?” —“Yo entiendo, le contesté, que falleció de resultas de una afección cardíaca”. —“Pues no señor; repuso el doctor Visca, y agregó:— Su padre murió de una angina de pecho”. —“¿Y cómo lo sabe Vd., le objeté, siendo como era Vd. más niño que yo cuando él falleció?”.<sup>10</sup>—Pues lo sé, me repuso, más por inducción que por noticia directa. Varias personas me han contado los diversos ataques que sufrió su padre, y la forma en que se produjo su muerte, y todos los detalles que a ese respecto he recogido me han dado base para

---

<sup>10</sup> Daniel Muñoz aquí comente un error, pues Pedro Visca era nacido en 1840 es decir nueve años antes que él.

diagnosticar que el doctor Muñoz falleció de angina de pecho, enfermedad poco conocida en aquella época en que todas esas muertes repentinas se atribuían a una aneurisma al corazón.

Esto es cuanto puedo decirte de mis recuerdos de mi padre.

.....

Antes de terminar, Alfredo, permíteme que te haga una advertencia amistosa: Como tú comprenderás, a mi me halaga mucho eso que tú me cuentas de que te complaces en leer mis cartas a los tuyos y a algunos amigos, porque de ello deduzco que tú consideras que tienen algún interés. Esta carta lo tiene, sin duda alguna, más que las otras, por las reminiscencias que encierra sobre un incidente histórico de nuestra turbulenta vida política, ignorado tal vez por los hombres de figuración presente y más sabido por los mas de los que la tuvieron en los tiempos en que acaeció. Pudiera pues esta consideración tentarte a publicar algo de lo que he escrito, pero, aun a riesgo de pasar por pretencioso por el hecho de suponer que esa tentación te asaltase, yo te ruego que no publiques nada. No pretendo coartar tu derecho de leer la carta a quien discretamente creas que puedes hacerlo, y hasta te pido la leas o la hagas leer a tus hijos y a mis hermanos, por el interés íntimo que para ellos debe tener este episodio de familia, y aun te pediría la leyesees especialmente a dos personas: a José Pedro Ramírez y a Mariano Ferreira, a quienes creo los mejor enterados de lo que dejo narrado, y son por consiguiente los que mejor podrían abonar o rectificar la veracidad de mi narracion. *¡Pero nada de letra de molde!* Eso sí, te pido encarecidamente que conserves esta carta de la que, como comprenderás, no guardo

copia, y quizás algún día pudiera servirme para algo, evitándome la tarea de reproducir detalles, porque nada es más pesado y fastidioso para mí que copiarlo o repetirme.

---

**Daniel**